



7

C A P I T U L O

SAGRARIO RAMÍREZ
JOSÉ RAMÓN TORREGROSA

Psicosociología de las relaciones internacionales

Introducción

El paradigma realista en el estudio de las relaciones internacionales

El lugar de la Psicología Social en las relaciones internacionales

Conclusiones

Bibliografía

Lecturas complementarias

INTRODUCCION

El estudio de las relaciones internacionales se sitúa en un campo necesariamente interdisciplinar. Nos encontramos ante una materia que estudia «unos hechos que competen tanto a la psicología como a la economía, al derecho como a la ciencia política, al pasado como al presente» (Merle 1976, p.15). Es precisamente el resultado de este abordaje interdisciplinar de un objeto de estudio complejo *per se* lo que confiere, en última instancia, el carácter de disciplina específica al estudio de las relaciones internacionales. En palabras de Celestino del Arenal:

«(...) las relaciones internacionales se configuran como una disciplina de integración y síntesis de los datos aportados por otras disciplinas, si bien el objetivo de su investigación aporta un contenido superior que la confiere su especial carácter en el seno de las Ciencias Sociales.» (Arenal, 1994, p. 464).

En efecto, en las relaciones internacionales —como en el nacionalismo, de cuya referencia, como veremos, difícilmente puede sustraerse este área de conocimiento— concurren factores históricos, políticos, sociales, económicos, culturales y psicológicos. La participación de la Psicología Social en este contexto interdisciplinar no sólo está plenamente justificada, sino que cada vez más se revela como necesaria.

Así, al tradicional hincapié de las relaciones internacionales en los aspectos político-estructurales se une un creciente —aunque en absoluto nuevo— interés por el estudio de sus aspectos subjetivo-simbólicos hasta el punto de que, en los últimos años, podríamos hablar de una progresiva «psicologización» de la disciplina. En este sentido encontramos, en primer lugar, una creciente valoración de las identidades nacionales y de los procesos actitudinales y cognitivos relacionados con ellas como motivaciones subyacentes en las conductas de política exterior. Específicamente, y en consonancia con la predominante perspectiva estatocéntrica de las relaciones internacionales, la identificación con un estado-nación se presenta como un sustrato psicosociológico cuya vinculación al desarrollo político, social y económico de las relaciones internacionales no puede soslayarse. El estudio de estos procesos identitarios se caracteriza por la complejidad de factores intervinientes en ellos. Sólo en el plano subjetivo-simbólico, la identificación con un estado-nación implica toda una serie de mecanismos cognitivos, emocionales y evaluativos que vienen siendo ya objeto de estudio de la Psicología Social desde sus primeros desarrollos académicos, aunque con demasiada frecuencia estas aportaciones parciales se han situado en órbitas demasiado desconectadas de las demás Ciencias Sociales.

Pero además, la visión estatocéntrica sigue imponiéndose como explicación dominante de fenómenos que, *per se*, traspasan las fronteras restringidas de los estados-nación. Tal es el caso de la globalización, supranacionalismo y multiculturalismo, cada vez más presentes en la bibliografía especializada. Paradójicamente, y en segundo lugar, las relaciones internacionales están ofreciendo enfoques analíticos que tienen en común el enmascaramiento psicológico —bajo la forma de actitudes etnocéntricas, racistas, etc., sustentadas por actores nacionales respecto a otros que aparecen como

extranjeros— de fenómenos de naturaleza específicamente político-estructural y transnacional (la división del mundo en estructuras de producción e intercambio desiguales).

(En tercer lugar,) a irrupción de la sociología en las relaciones internacionales ha supuesto una redefinición de su objeto de estudio más allá del plano institucional (estados, corporaciones, organizaciones internacionales, clases, etc.) para incluir la dimensión interactiva de los actores grupales y personales no sólo en tanto que representantes de esos ámbitos sino, de modo más general, en tanto que participantes del contexto internacional en la medida en que desarrollan conductas y actitudes internacionalmente orientadas. En este sentido, las relaciones internacionales se caracterizan por ser un tipo de relación social particularmente vivo y cambiante del que participa todo el conjunto social. Más allá de los actores sociales visibles (en este caso, y paradigmáticamente, los estados-nación personalizados en sus representantes políticos, económicos, militares, culturales...), cualquier actuación en el plano internacional precisa de un cierto respaldo popular (nacional) para ser llevada a cabo con éxito.

Las relaciones internacionales son, por último, el resultado de un complejo entramado de interacciones sociales en las que están presentes estrategias de negociación, cooperación e influencia sobre las que es posible la intervención. De hecho, para los científicos sociales el campo de las relaciones internacionales se revela como un área de estudios cuya potencial dimensión aplicada es paradigmática. En el caso particular de la Psicología Social, la parcela de intervención se centra en los procesos psicológicos presentes en los distintos ámbitos de interacción social implicados tales como actitudes, percepciones y opiniones en relación con la propia nación y las demás y con los conacionales y los extranjeros, y, entre estos últimos, los significativos (superiores e inferiores, aliados o rivales) y los no significativos (histórica, geográfica y coyunturalmente irrelevantes). Para que esta intervención sea eficaz, es fundamental una ubicación adecuada de los procesos psicológicos en el contexto político, económico y social que les corresponde en las relaciones internacionales.

EL PARADIGMA REALISTA EN EL ESTUDIO DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Las relaciones internacionales como disciplina científica o área de conocimiento diferenciada son un producto del binomio ciencia-realidad, o, con otras palabras, un conjunto de concepciones teóricas y de herramientas metodológicas diversas paradigmáticamente instaladas en una contradicción entre su objetivo potencial (contribuir a la comprensión de su objeto de estudio) y su desarrollo de hecho (apegado desde su origen y mediatizada su razón de ser por la realidad empírica que estudian). Como señala acertadamente Giddens (1985, p. 257), antes de dar su nombre a la disciplina académica, las relaciones internacionales eran tanto una descripción de la realidad como un conjunto de ideas aplicadas reflexivamente para ayudar a la constitución de esas condiciones políticas descritas.

Así, desde un principio, el predominio de la perspectiva realista sobre las perspectivas idealistas como enfoque de partida para el análisis de las relaciones internacio-

nales van a condicionar de forma fundamental el desarrollo de la disciplina. Históricamente, la doctrina del equilibrio de poder era ya el antecedente del concepto y de la práctica de las relaciones internacionales, de las que posteriormente se convertiría en parte fundamental.

Estos sesgos van más allá de las servidumbres derivadas del intento de satisfacción de las exigencias positivistas de una disciplina que, en última instancia, se ha decantado por un individualismo que afecta tanto a sus intentos de explicación (en términos de elecciones racionales) como a sus intentos de comprensión (en términos de elecciones razonadas) de su objeto de estudio (Hollis y Smith, 1991).

Por encima de estas consideraciones epistemológicas se alza toda una filosofía acerca de la naturaleza humana, sustentada en el pesimismo antropológico de autores como Maquiavelo o Hobbes, frente a quienes sostienen concepciones más optimistas enraizadas en la filosofía cognitiva de Kant y la filosofía política de Rousseau.

En primer lugar, como señalan, no sin razón, algunos de los principales representantes de esta corriente, el realismo político, con sus limitaciones y contradicciones, sigue siendo el paradigma dominante de las relaciones internacionales y su desplazamiento por parte de otros paradigmas resulta difícil mientras el poder siga siendo considerado el concepto central de la ciencia política (Schwarzenberger, 1951; Morgenthau, 1960; Taylor, 1978; etc.). Semejante afirmación podría hacerse extensible sin grandes objeciones a la sociología y en buena medida, como veremos, a la Psicología Social.

Pero más allá de esta vaga concepción del poder, o desde esta concepción llevada a sus últimas consecuencias, la perspectiva realista será difícilmente reemplazada en la medida en que ha colocado a las relaciones internacionales en un proceso de permanente retroalimentación con su propia realidad objeto de estudio. Frente a la dimensión de cambio de las concepciones idealistas de la sociedad internacional, el realismo lleva aparejado, en sí mismo, la idea de estabilidad. Algunos de nuestros expertos más insigues son claros al respecto:

«(...) en términos de divulgación, en palabras de entendimiento, el realismo político es una especulación teórica al servicio práctico de la renovación del concepto de gran potencia y de su contenido hegemónico» (Mesa, 1979: p. 12).

«El realismo político constituye, en última instancia, en los Estados Unidos, una ideología que mira al mantenimiento de la posición preponderante de ese país en los asuntos internacionales, por lo que es un instrumento utilizado tanto en los medios universitarios, consciente o inconscientemente, como en los gubernamentales, para afirmar y justificar una determinada política exterior» (Arenal, 1994: p. 152).

En segundo lugar, el cruce entre ideología y empiria que ha caracterizado desde sus orígenes las relaciones internacionales ha dado lugar a una visión estatocéntrica muy difícil de superar en muchos sentidos. Por un lado, incluso para quienes defienden una visión globalista de las relaciones internacionales es difícil restar protagonismo a los actores nacionales. Pero, además, e independientemente de la importancia

concedida a los estados y sus representantes, hay un considerable acuerdo respecto a la dificultad de superación, en el plano de la práctica, del planteamiento nacionalista de las relaciones internacionales. Los procesos de supranacionalización y de mundialización están poniendo de manifiesto estas paradojas que no sólo se plasman en los problemas de integración supraestatal (véase Haas, 1964; Taylor, 1983; Mlinar, 1992; Swaan, 1995; etc.) sino que constituyen, en sí mismas, una característica endémica de las relaciones internacionales desde el momento en que la globalización es, desde sus orígenes, un proceso dependiente del poder estatal o, más exactamente, del poder de determinados estados (Merle, 1976; Smith, 1992; etc.). En última instancia, es imposible separar el ámbito nacional del internacional.

Por otro lado, y sin embargo, no podemos obviar el hecho de que las estructuras socioeconómicas y los problemas sociales y políticos derivados de ellas exigen cada vez más la adopción de nuevas perspectivas analíticas de las relaciones internacionales al margen del tradicional marco de los estados-naciones. Al fenómeno de la globalización hay que añadir una creciente pluralidad etnocultural en el seno de los estados nacionales occidentales. Este reto, si se realiza exitosamente, podría cuestionar seriamente la pervivencia del nacionalismo cultural que sirve de soporte simbólico a los estados, con consecuencias inmediatas en los contenidos subjetivos tradicionales de las relaciones internacionales. Sin embargo, es interesante señalar que, de forma inversa al tradicional predominio del análisis político y estructural de las relaciones internacionales, estamos asistiendo a un encapsulamiento analítico de la problemática interracial e intercultural en el plano psicosociológico. Así, la proliferación de estudios sobre prejuicio etnoracial, xenofobia, etc. (y sus desarrollos, en el plano aplicado, como campañas preventivas), no va acompañada por el surgimiento de otro tipo de análisis que, atendiendo a los niveles económico y estructural, podrían tal vez ser más útiles para la comprensión de estos fenómenos, más allá de explicaciones restringidas al ámbito de las dinámicas intergrupales.

EL LUGAR DE LA PSICOLOGIA SOCIAL EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES

El lugar de la subjetividad en las relaciones internacionales: las demandas de la disciplina

El desarrollo de las relaciones internacionales como área de conocimiento específico no se entendería sin referencia a las dos guerras mundiales que impulsaron, en gran medida, su configuración y su expansión académicas. Por otra parte, un área de estudios como ésta, tradicional y mayoritariamente volcada en el análisis de las relaciones interestatales y con la dimensión de poder como elemento central, tiene en el fenómeno de la guerra uno de sus temas centrales. El interés por este fenómeno, implícitamente conectado con reflexiones filosóficas y psicológicas en torno a la naturaleza humana, ha dejado con frecuencia en los principales ensayos sobre esta ma-

tería interrogantes abiertos acerca de cuestiones como las motivaciones psicológicas para la guerra y la paz, que nos remiten a temáticas típicas de la Psicología Social como el carácter innato o cultural de la agresividad, las dimensiones irracional y racional de actitudes como el prejuicio, o la naturaleza normal o patológica del autoritarismo. Asimismo, la mención de mecanismos psicosociológicos como el liderazgo, la cohesión grupal, los procesos de influencia, etc., ha aparecido a menudo como anotación marginal en los manuales clásicos. A partir de la irrupción de la sociología en las relaciones internacionales esta presencia ha sido cada vez más frecuente y consistente.

Ya en los años cincuenta, en un momento en que todavía el realismo político no había empezado a tener respuestas fuertes desde la sociología, Waltz estableció en su estudio sobre las causas de la guerra una distinción entre tres niveles de análisis de las relaciones internacionales que incluía, junto con el sistema internacional y el estado y la sociedad, el nivel individual. Este último requeriría, según expresa textualmente este autor, la intervención de psicólogos generales y psicólogos sociales (Waltz, 1950: *cit. por Viotti y Kauppi*, 1993, pp. 13-14).

La elección de un nivel de análisis específico establecería, en definitiva, qué aspectos se van a ver y qué aspectos se van a dejar de ver, y marcarían el énfasis en diferentes tipos de actores y de procesos. Independientemente del hincapié de nivel elegido, las relaciones internacionales mantendrían su nexo disciplinar en la perspectiva estatocéntrica mayoritariamente adoptada:

«Es bastante típica de todos estos niveles de análisis la tendencia a explicar la conducta política internacional de los estados —la variable **dependiente**. El Estado, en otras palabras, suele ser la **unidad de análisis**, y la explicación de su conducta implicaría tomar en consideración factores de todos estos niveles de análisis.» (Viotti y Kauppi, 1993, p. 14)

Además de esta consideración multicausal e interdisciplinar de las relaciones internacionales, son frecuentes las referencias de politólogos, historiadores y, particularmente, de sociólogos especializados en esta materia sobre la importancia de los factores subjetivos en las relaciones internacionales. En unos casos, encontramos oportunas sugerencias acerca de la necesidad de analizar determinados factores psicosociológicos que aparecen, ya lejos de cualquier ambigüedad, claramente identificados y tipificados. Aunque no se entre en el análisis pormenorizado de estos factores, el plano psicosociológico se presenta formando parte de un marco analítico en el que se ubica de forma concreta. Tal es el caso de sociólogos de la relevancia de Manning, quien destaca la importancia de lo que él mismo denomina el «mapa psicosociológico del mundo» y señala acertadamente la triple composición (instrumental, evaluativa y emocional) de un mapa que es, en última instancia, actitudinal:

«Lo que da su cualidad a las relaciones interestatales no sólo puede entenderse en términos de los intereses de individuos o grupos, sino de las ideas colectivamente sostenidas y de las emociones colectivamente sentidas.» (Manning, 1975, p. 85).

En otros casos, el hueco vacío de la Psicología Social es cubierto de alguna manera desde otras áreas. A modo de muestra ilustrativa nos referiremos someramente a las contribuciones de figuras tan significativas como Karl W. Deutsch, Evan Luard y Marcel Merle.

Deutsch (1953, 1966, 1968) centra su análisis de las relaciones internacionales en el estudio de las comunicaciones sociales como indicadores del grado de integración nacional e internacional en un intento de establecer las condiciones básicas para la paz entre las naciones. La teoría de la comunicación de este autor contempla, por cierto, una doble perspectiva intra-intergrupar de las relaciones internacionales de incontestable relevancia para la Psicología Social.

Luard (1976) enfoca las relaciones internacionales desde una perspectiva sociológica en la que la Psicología Social ocupa un lugar central. Los escritos de este autor —que tienen el valor añadido de su experiencia personal como político y diplomático— conceden un lugar central a la idea de que existe una socialización común y una experiencia nacional compartida en los miembros de una nación, cuyo resultado es la creación y el mantenimiento de motivos y actitudes colectivas que mueven tanto a quienes deciden y ejecutan las relaciones internacionales como a la población en general. Estos motivos y actitudes son muy a menudo, para Luard, factores esenciales de las relaciones internacionales. La pretendida objetividad del paradigma realista es puesta en tela de juicio al considerar que un mismo acontecimiento de política exterior se convierte en tantos acontecimientos como percepciones nacionalmente compartidas tengan lugar del mismo. Estas diferentes percepciones vendrán dadas por las actitudes y motivos previos adquiridos en el curso de la socialización nacional que determinarán, en última instancia, las orientaciones y prácticas subsiguientes al acontecimiento.

Merle (1976, pp. 238-260), por su parte, dedica un amplio espacio de su *Sociología de las relaciones internacionales* al estudio del «medio internacional», concebido como los factores que influyen en el comportamiento de los actores. Entre estos factores, concede una relevancia especial a la función de lo que él denomina «representaciones» (sic) en la vida política. Estas «representaciones» aparecen englobadas también bajo los rótulos más generales de «creencias» e «ideologías» y, en tanto que actúan como motivación de los comportamientos, podrían también calificarse en algunos casos como actitudes. Independientemente de la categoría nominal empleada (ideologías, creencias, representaciones sociales, actitudes), Merle analiza con especial detenimiento los criterios subjetivos que rigen los comportamientos de los actores, criterios éstos que ponen en entredicho el racionalismo a ultranza del paradigma realista. Así, en primer lugar, considera que estos comportamientos no obedecen exclusiva ni predominantemente a criterios racionales de interés: en el caso de las relaciones económicas, la rentabilidad queda a menudo desplazada a favor de beneficios de naturaleza simbólica, como el prestigio social o la ostentación; en las relaciones políticas, los comportamientos racionales son con frecuencia superados por las reacciones pasionales bajo la forma de actitudes (como la xenofobia) o de estereotipos nacionales (figuras como «la pérdida Albión», «el peligro amarillo», etc., juegan un papel indiscutible en las relaciones internacionales). Esto ocurre sin necesidad de

pectivas muy diversas, ponen el acento en la dimensión afectivo-emocional del prejuicio. Entre estos últimos, el repertorio incluye las primeras investigaciones de corte más o menos sociológico sobre distancia social, investigaciones de inspiración conductista sobre actitudes prejuiciosas y estudios de corte psicoanalítico que relacionan el prejuicio con rasgos de personalidad. Los enfoques «irracionales» más psicológicos nos remiten, en última instancia y en ocasiones a pesar suyo, a un modelo de relaciones internacionales estático o, cuando menos, difícilmente modificable por cuanto resulta imposible intervenir sobre instintos y motivos biológicamente adscritos y universalmente compartidos, o sobre rasgos de personalidad adquiridos como resultado de trayectorias biográficas individuales.

El hincapié en la «racionalidad» aparece en la mayor parte de estudios sobre los estereotipos y, en general, en las investigaciones centradas en los aspectos cognitivos del prejuicio y el etnocentrismo. Como en el realismo, podemos encontrar una concepción de fondo de las relaciones internacionales basada en el cálculo racional de interés definido en función del poder (nacional). Aunque el cognitivismo nace con vocación de cambio, muchos de sus resultados nos remiten de nuevo a una concepción inmovilista de las relaciones internacionales que se expresa paradigmáticamente en el sostenimiento de la universalidad de la hipótesis etnocéntrica.

En otro orden de asuntos, muchas de las investigaciones psicocosociológicas sobre aspectos vinculados a las relaciones internacionales utilizan, de hecho, muestras nacionales y etnonacionales en las que la pertenencia a un estado-nación aparece como determinante implícito de las percepciones y actitudes internacionales. Por otra parte, muchas de las investigaciones aplicadas programan sus estrategias de intervención en el interior de espacios estatales delimitados. Sin embargo, durante muchos años no podemos hablar de una visión estatocéntrica u orientación nacionalista explícita de la psicología social de las relaciones internacionales —aunque tampoco sería exacto referirse a una ausencia de ella, ni mucho menos sus lagunas remiten a orientaciones alternativas más globalistas— ni podemos hablar tampoco, en rigor, de modelos psicociológicos específicamente dedicados a las relaciones internacionales —aunque, como hemos visto, hay ciertos modelos implícitos subyacentes de forma intuitiva o colateral—. Esta falta de contextualización relativa se traduce en el plano teórico —que no en el aplicado—, en una desvinculación entre los procesos estudiados y los contextos nacional e internacional en que se generan y a los que de hecho sirven.

La psicología de los pueblos

Considerada una de las corrientes inaugurales de la Psicología Social, la psicología de los pueblos aparece como la legitimación del nacionalismo cultural en el plano psicológico. La creencia en la existencia de características psicológicas distintivas y estables en los miembros de cada nación constituyentes de un «volkgeist» o «comunidad de carácter» es la base para defender el derecho a realizarse estatalmente como «comunidad de destino».

Más que una teoría, la psicología de los pueblos es una corriente ideológica de la que participaron políticos, filósofos, sociólogos, historiadores, lingüistas y, entre ellos,

psicólogos. Las aportaciones de Wundt (1912), Le Bon (1894) y McDougall (1920 y 1925) son de gran interés no tanto por la validez científica de los planteamientos que defienden como por su condición de representantes de esta ideología en el ámbito de la psicología.

La capacidad de penetración de la psicología de los pueblos es equivalente a la capacidad de penetración del propio nacionalismo. Así, ha superado obstáculos tan dificultosos como la barrera entre liberalismo y socialismo —no olvidemos la versión austromarxista de esta corriente de la mano de Otto Bauer (1907)— y como con el paso del tiempo los estereotipos nacionales son, en última instancia, producto de la creencia en diferentes características nacionales estables.

Líneas de investigación en torno al prejuicio: desarrollo histórico de los enfoques «irracional» y «racional»

El prejuicio, y en particular el prejuicio étnico y nacional, ha sido un tema de interés central para la Psicología Social desde las primeras décadas del siglo. La trayectoria seguida por las contribuciones de este área al estudio de las relaciones internacionales está estrechamente ligada tanto al desarrollo académico y teórico de la Psicología Social como al propio desarrollo de las relaciones internacionales como acontecimiento empírico.

En la Psicología Social del prejuicio podemos incluir investigaciones sobre actitudes (etnocentrismo, xenofobia) y estereotipos, perspectivas sociológicas y psicológicas, y, entre estas últimas enfoques tan diversos como el conductismo, el psicoanálisis y el cognitivismo.

El mapa cronológico somero de estas investigaciones podría resumirse, muy sucintamente, como sigue:

1. En los años de consolidación académica de la disciplina, durante las décadas de los años veinte y treinta, las investigaciones relacionadas con el prejuicio y el etnocentrismo se circunscriben al ámbito de la sociedad multirracial norteamericana, limitándose en muchos casos al estudio del prejuicio antinegro y, en menor medida, antisemita y antioriental. Para las relaciones internacionales tienen especial interés algunas investigaciones, surgidas del núcleo de la Escuela de Chicago, sobre preferencias y aversiones etnonacionales de los norteamericanos realizadas por medio de escalas de distancia social (Bogardus, 1925), escalas de valores (Thurstone, 1928) u observación participante (Lapière, 1934). Por otra parte, algunas de las primeras investigaciones sobre estereotipos añaden a las habituales categorías etnoraciales categorías nacionales (Katz y Braly, 1933 y 1935).
2. Desde los años cuarenta, y hasta prácticamente la década de los sesenta, encontramos una abundante cosecha de estudios psicosociológicos derivados de la situación bélica. Por una parte, y por lo que respecta a la sociedad norteamericana, la participación en la guerra impulsó multitud de investigaciones aplicadas sobre actitudes y moral de combate en el seno del ejército

americano (Stouffer *et al.*, 1949a y 1949b) y sobre los efectos de la propaganda bélica sobre la población en general (Hovland *et al.*, 1949). Por otra, el impacto de la II Guerra Mundial amplía el interés de la psicología social norteamericana por grupos étnicos y nacionales de áreas geográficas y políticas externas al propio país (Hartley 1946).

De igual manera, la posguerra da lugar a un considerable esfuerzo de reflexión teórica acerca del prejuicio y de las posibilidades de contribuir a su reducción. En este empeño, Adorno *et al.* (1950) y Bettelheim y Janowitz (1964) aplican, aunque de distinto modo, el psicoanálisis al estudio del prejuicio. También con el referente psicoanalítico y ya entrando más a fondo en el campo de la psicopatología, las aportaciones anteriores de Appel (1945) y Laswell (1963) tienen quizás un mayor interés específico para las relaciones internacionales.

En este periodo las contribuciones de G. Allport al estudio del prejuicio merecen especial mención. A sus investigaciones sobre factores concretos que favorecen el sostenimiento de los estereotipos (Allport y Postman, 1945; Allport y Kramer, 1946) hay que añadir el esfuerzo teórico de *La naturaleza del prejuicio* (Allport, 1954), en el que se integran por vez primera diferentes perspectivas teóricas y, con ellas, se confiere al prejuicio una doble dimensión irracional y racional.

A partir de los años cincuenta, y como consecuencia de la influencia de la Gestalt, la investigación sobre prejuicio y estereotipos desde perspectivas «irracionales» es progresivamente desplazada por el nuevo paradigma cognitivista de corte racional impulsado, entre otros, por Tajfel (1981). En consecuencia, el interés por los aspectos cognitivos del prejuicio produce una avalancha de estudios sobre estereotipos (más etnorracionales que etnacionales, ciertamente) en detrimento de las clásicas mediciones de actitudes centradas en el tema del prejuicio y el etnocentrismo.

3. En las últimas décadas, las investigaciones sobre estereotipos y prejuicio —como la propia Psicología Social— se han internacionalizado, dando lugar a numerosas investigaciones centradas en ámbitos afectados significativamente por conflictos etnacionales, particularmente de Asia (hindúes/musulmanes, judíos/palestinos) y América Latina (venezolanos/colombianos, mexicanos/norteamericanos). Al mismo tiempo, han abundado las investigaciones intraestatales en los estados plurinacionales y/o multiétnicos occidentales. Desde el punto de vista teórico, las aportaciones más interesantes de estos años han sido:
 - a) El progreso de una perspectiva más completa y menos parcial del prejuicio y los estereotipos que incluye tanto sus aspectos irracionales como los racionales (Dovidio y Gaertner, 1986; Jussin, Coleman y Lauren, 1987; Bar-Tal, Graumann, Kruglanski y Stroebe, 1989; etc.). Hay que señalar también que, entre los aspectos racionales, cada vez más se hace más explícita la existencia de la función instrumental ligada a la dimensión (realista) de poder (Tajfel 1983).

- b) El progreso de la perspectiva inter/intragrupal frente a la perspectiva personal/interpersonal en los estudios sobre percepciones, actitudes, representaciones sociales y estereotipos como procesos que forman parte de las identidades sociales, y, entre ellas, las nacionales (Tajfel, 1982 y 1983).
- c) El resurgimiento del interaccionismo simbólico y el avance significativo de posiciones más sociológicas en el estudio de las identidades nacionales (véase, especialmente, Scheibe, 1983).
- d) La presencia incipiente de las «Psicologías Sociales para el Tercer Mundo» (Sloan y Montero, 1990) que, a partir de enfoques generalmente sociocognitivos, aportan ideas críticas respecto al realismo nacionalista de las relaciones internacionales implícito en la perspectiva etnocéntrica (Salazar y Marín, 1977; Salazar, 1987; Hewstone, Bond y Wan, 1983; Montero, 1984 y 1987; etc.), y proponen modelos de desarrollo alternativos respecto al realismo político-económico (Moghaddam, 1990).

PSICOLOGIA SOCIAL DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Como hemos visto, la Psicología Social cuenta con un abundante conjunto de investigaciones centradas, mayoritariamente, en los procesos afectivos y cognitivos del prejuicio y el etnocentrismo. Sin embargo, hasta tiempos recientes —y aunque no hayan estado del todo ausentes como se pone de manifiesto, inevitablemente, en la vertiente aplicada de estas investigaciones— los procesos estudiados no se ubicaban en el contexto internacional ni se disponía, por tanto, de un marco teórico relevante que permitiese referirse a una Psicología Social de las relaciones internacionales en condiciones de participar en el debate interdisciplinar en torno a esta materia.

Ya se señalaron antes las principales limitaciones y deficiencias de la investigación psicosociológica predominante sobre procesos psicológicos involucrados en las relaciones internacionales. También se ha hecho referencia a la apertura de perspectivas surgida en los últimos años. Es hora ya de concretar las condiciones básicas para un adecuado tratamiento de las relaciones internacionales desde la Psicología Social.

Para ello es obligada la referencia a Kelman (1965, 1969, 1977), quien representa uno de los escasísimos ejemplos de Psicología Social de las relaciones internacionales reconocido y justamente valorado fuera de este área. Siguiendo algunos de sus planteamientos generales, podemos resumir en tres puntos las condiciones básicas para una psicología social de las relaciones internacionales con relevancia en el contexto interdisciplinar propio de esta materia:

1. La Psicología Social debe abandonar toda pretensión de autosuficiencia y reconocer que no puede haber una teoría psicológica que sea completa para explicar fenómenos de naturaleza internacional. La Psicología Social no puede presentarse, en ningún caso, como una alternativa teórica a otras teorías (sociales, políticas, económicas, etc.). No hay, por lo demás, ninguna razón inherente a la disciplina para que los análisis de las relaciones internacionales elaborados desde la Psicología Social estén obligados a ignorar el entorno en que se desarrollan los procesos psicológicos.

2. Las investigaciones psicosociológicas sobre aspectos involucrados en las relaciones internacionales deberán centrarse directamente en el contacto y la interacción internacionales y, por tanto, relacionar estrechamente los procesos psicológicos estudiados con los procesos de política exterior. Esto no implica, en modo alguno, una renuncia a las exigencias de generalización de algunos tipos de investigación, siempre y cuando se explore adecuadamente la situación internacional sobre la que se espera poder generalizar y se conozcan las condiciones necesarias para que esa generalización sea posible.
3. Es necesario un replanteamiento constante sobre el papel de las variables psicológicas en la conducta internacional y sobre su adecuación como unidad de análisis.

Estas propuestas para una Psicología Social de las relaciones internacionales no son meros desiderata lanzados desde el vacío. Aunque marginales y minoritarios, existen algunos importantes precedentes que nos permiten referirnos a la existencia real de una Psicología Social de las relaciones internacionales que cumple todos los requisitos de interdisciplinariedad y relevancia invocados. Aun más, algunos de estos precedentes han probado su eficacia en el plano aplicado.

En los años posteriores a la II Guerra Mundial podemos encontrar algunos importantes ejemplos. Así, desde planteamientos sociológicos, Znaniecki (1952) elaboró un documentado estudio en el que, tras reconocer la importancia de las culturas nacionales y analizar las fuentes de conflicto entre las naciones, explora las bases de la cooperación internacional a nivel interindividual e intergrupal como único modo posible de promover unas relaciones internacionales pacíficas. Buchanan y Cantril (1953), por su parte, llevaron a cabo una investigación en ocho países europeos y Estados Unidos con el fin de estudiar el componente racional de las actitudes internacionales, llegando a la conclusión de que éstas están claramente relacionadas con las creencias sobre la naturaleza humana (optimista/pesimista) y sobre las características nacionales (adquiridas/innatas). Este estudio supone, en cierto modo, la vuelta tras la II Guerra Mundial a una olvidada tradición de trabajos sociológicos que, en el período inmediatamente posterior a la I Guerra Mundial, se centraron en la reflexión sobre la base actitudinal de la guerra y la paz, el nacionalismo y el internacionalismo. Un repaso a los trabajos publicados durante las décadas de los años diez y veinte de revistas como *The Sociological Review* puede dar fe de este antecedente.

Ya en los años sesenta, el funcionalismo de Kelman se traduce, explícitamente, en una perspectiva realista plasmada en una visión nacionalista-estatocéntrica y racionalista de las relaciones internacionales (Kelman, 1979 y 1983). El estado-nación se convierte en un concepto referencial insoslayable en sus análisis sobre los procesos identitarios que, con una doble dimensión sentimental e instrumental, proporcionan la base psicológica a los procesos de movilización, negociación, etc. que dan vida a las relaciones internacionales. La sociedad internacional es, una vez más, una sociedad de naciones (con estado o con aspiración a tenerlo) que actúan en pie de igualdad. Las estrategias de intervención de Kelman (1978) en el conflicto palestino/israelí consisten, precisamente, en ayudar al establecimiento de las condiciones psicológicas que

faciliten los procesos de negociación en caso de conflicto internacional y que se traducen, en última instancia, en la emergencia del reconocimiento racional del otro como interlocutor, esto es, como actor legítimo de las relaciones internacionales.

Desde una perspectiva cognitiva, Jervis (1976) inserta el estudio de los fenómenos perceptivos en el campo de las relaciones internacionales considerando que, frente al racionalismo de la perspectiva realista, existen tantos acontecimientos internacionales como percepciones de ellos. Para este autor, la práctica de las relaciones internacionales no puede entenderse sin abordar las diferencias y errores de percepción de sus actores, motivados, fundamentalmente, por determinantes nacionalistas. Desde un enfoque cognitivo también, Salazar (1983, 1985, 1987) ha venido situando las percepciones de los venezolanos y de otros grupos nacionales de América Latina sobre sí mismos y sobre los demás en una perspectiva de las relaciones internacionales que reconoce las funciones psicológicas del nacionalismo al tiempo que cuestiona la universalidad de los procesos psicológicos que genera y propone una revisión de la hipótesis etnocéntrica.

La participación de la Psicología Social en las relaciones internacionales permite, como se puede comprobar con estos ejemplos, la adopción de enfoques teóricos y metodológicos diversos. La Psicología Social de las relaciones internacionales halla su razón de ser en el esfuerzo común por desentrañar los procesos psicológicos que forman parte de las relaciones internacionales como hecho empírico, y que requieren, para su adecuada explicación y comprensión, ser acometidos desde el terreno común de las relaciones internacionales como disciplina.

CONCLUSIONES

La Psicología Social debe formar parte de las relaciones internacionales como área de estudios interdisciplinar, del mismo modo que procesos psicológicos como las actitudes y las percepciones intervienen en las relaciones internacionales como hecho. Tanto el creciente interés por lo subjetivo de otros científicos sociales especializados en esta materia como la capacidad de la Psicología Social para satisfacer, teórica y metodológicamente, esta demanda justifican la incorporación de pleno derecho de nuestra disciplina a este área de estudios.

Históricamente, las aportaciones de la Psicología Social a las relaciones internacionales han sido marginales, escasas y de limitada relevancia. Aunque existe una amplia tradición en Psicología Social por el estudio de aspectos relacionados con el prejuicio y el etnocentrismo (tanto actitudinales como cognitivos), y experiencias aisladas de trabajos sobre patriotismo, identidad nacional, etc. —y en muchos casos con una dimensión aplicada—, la autosuficiencia de esta disciplina ha dado como resultado una psicologización de las relaciones internacionales que ha conducido, entre otras cosas, a la parcialidad de sus resultados.

Sin embargo, existe base suficiente para desarrollar una Psicología Social de las relaciones internacionales que contribuya, desde diversos enfoques teóricos y metodológicos, a la comprensión del papel desempeñado por los procesos psicológicos en

- KATZ, D. y BRALY, K. W. (1933). Racial Stereotypes of 100 College Students. *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 28, 280-290.
- (1935). Racial Prejudice and Racial Stereotypes. *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 30, 175-193.
- KELMAN, H. C. (1965). Social-Psychological Approaches to the Study of International Relations. En Kelman, H. C. (Ed.). *International Behaviour*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.
- (1969). Patterns of Personal Involvement in the National System: a Social-Psychological Analysis of Political Legitimacy. En Rosenau, J.N. (Dir.). *International Politics and Foreign Policy: A Reader Research and Theory*. Nueva York: Free Press. 276-288.
- (1977). The Conditions, Criteria, and Dialectics of Human Dignity. *International Studies Quarterly*. 21, 529-552.
- (1978). Israelis and Palestinians: Psychological Prerequisites for Mutual Acceptance. *International Security*. 3, 162-186. (Cit. por Kelman 1983).
- (1979). Fuentes de apego al Estado-Nación. En Finley, G. y Marín, G. (Eds.). *Avances en Psicología Social contemporánea*. México: Trillas.
- (1983). Nacionalismo e identidad nacional: un análisis psicosocial. En Torregrosa, J. R. y Sarabia, B. (Dirs.). *Perspectivas y contextos de la Psicología Social*. Barcelona: Hispano-Europea, 241-268.
- LAPIÈRE, R. T. (1934). Attitudes versus Actions. *Social Forces*. 13, 230-237.
- LASSWELL, H. D. (1963). *Psicopatología y política*. Buenos Aires: Paidós.
- LE BON, G. (1894). *Lois psychologiques de l'évolution des peuples*. París: Librairie Felix Alcan. 1916.
- LUARD, E. (1976). *Types of International Society*. Nueva York: Free Press.
- (Ed.) (1992). *Basic Texts in International Relations. The Evolution of Ideas about International Society*. Londres: McMillan.
- MANNING, C. A. W. (1975). *The Nature of International Society*. Londres: McMillan.
- MCDUGALL, W. (1920). *The Group Mind. A Sketch of the Principles of Collective Psychology with Some Attempt to Apply Them to the Interpretation of National Life and Character*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (1925). *The American Nation: Its Problems and Psychology*. Londres: George Allen and Unwin.
- MCGREW, A. C. y LEWIS, P. G. et al. (1992). *Global Politics. Globalization and the Nation-State*. Cambridge: Polity Press.
- MERLE, M. (1976). *Sociología de las relaciones internacionales*. Madrid: Alianza. 1984, 4ª.
- MESA, R. (1979). La aportación de los distintos enfoques teórico-metodológicos de las relaciones internacionales para el análisis de los problemas económicos. *Revista de Política Internacional*. 165.
- MLINAR, Z. (Ed.). (1992). *Globalization and Territorial Identities*. Aldershot (Hants): Avebury.
- MOGHADDAM, F. M. (1990). Modulative and Generative Orientations in Psychology: Implications for Psychology in Three Worlds. *Journal of Social Issues*. 46 (3), 21-42.
- MONTERO, M. (1984). *Ideología, alienación e identidad nacional. Una aproximación psicosocial al ser venezolano*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- (1987). A través del espejo. Una aproximación al estudio de la conciencia social en América Latina. En Montero, M. (Coord.). *Psicología política latinoamericana*. Caracas: Panapo, 163-202.
- MORGENTHAU, H. J. (1960). *La lucha por el poder y por la paz*. Buenos Aires: Sudamericana. 1963.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

ALLPORT, G. H. (1954). *La naturaleza del prejuicio*. Buenos Aires: Eudeba. 1971.

Un clásico de la Psicología Social que constituye todavía uno de los mejores trabajos sobre su materia, con una concepción del prejuicio como proceso psicológico en el que intervienen tanto motivaciones racionales como motivaciones irracionales y una asunción de la naturaleza interdisciplinar de este fenómeno psicológico.

HOLLIS, M., y SMITH, S. (1990). *Explaining and Understanding International Relations*. Oxford: Clarendon Press.

Interesante lectura de las principales perspectivas teórico-metodológicas de relaciones internacionales desde una visión construccionista del conocimiento.

✕ KELMAN, H. C. (Ed.) (1965). *International Behaviour: A Sociopsychological Analysis*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.

Este libro no sólo es un buen exponente del interés de Kelman por el estudio de la influencia social en el cambio de actitudes, el nacionalismo, y los efectos de los contactos internacionales sobre las concepciones de la sociedad internacional, sino que, además, aporta reflexiones de gran lucidez y vigencia actual respecto al papel de la Psicología Social y a la cuestión de su relevancia en el estudio de las relaciones internacionales, extensibles al ámbito general de las Ciencias Sociales.

KELMAN, H. C. (1983). Nacionalismo e identidad nacional: un análisis psicosocial. En Torregrosa, J. R. y Sarabia, B. (dirs.). *Perspectivas y contextos de la Psicología Social*. Barcelona: Hispano-Europea, 241-268.

Este capítulo, en castellano, es una exposición clara y resumida del enfoque funcionalista de Kelman aplicado al estudio del nacionalismo y la política internacional, y es un buen ejemplo de una adecuada conexión entre las dimensiones teórica y aplicada de las relaciones internacionales.

LUARD, EVAN (Ed.) (1992). *Basic Texts in International Relations. The Evolution of Ideas about International Society*. Londres: McMillan.

Compilación histórica de gran utilidad que reúne aportaciones procedentes de diversas áreas de conocimiento (filosofía, teología, psicología, sociología, derecho, ciencia política, historia) al campo de las relaciones internacionales, en muchos casos desde fuera de los contornos académicos de esta disciplina.